

A LA BUSCA DE MISTER HUDGES

Los periódicos británicos dieron la noticia. Los más, escuetamente, acaso desplazada por otros acontecimientos más ostentosos. Tan solo “The Times” se permitió recordar que se trataba del caso 289 en la lista de personalidades desaparecidas en los últimos cinco años, anexando una somera biografía que la Oxford University Press casi exhaustivó frizando el panegírico, sobre el eminente doctor Horace Hudges; una autoridad sin duda en biogenética e ingeniera celular. No se podía añadir más que la última referencia; el testimonio de su secretaria, que le vio por última vez la tarde del día anterior, el 7 de febrero. El 8, no acudió ni al laboratorio ni a la cátedra, ni pisó su casa, una pintoresca mansión de resabios victorianos, en la que convivía con su jovencita sobrina Emma, en las afueras de Oxford.

Ni sus colegas ni el personal del club que frecuentaba —solo para leer los rotativos— pudieron dar noticias esclarecedoras sobre el hecho. No tenía parientes próximos, a excepción de una septuagenaria hermana en Melbourne. Así que se descartaba la

posibilidad de un viaje inesperado, dentro de la metódica pero reservada existencia del investigador. Había desaparecido sin dejar la más mínima huella, la más exigua pista. Como si se lo hubiera tragado la tierra. El día 12 la policía, tras arduas pesquisas y confrontaciones con todas las personas que pudieran aportar datos, y, tras rastrear meticulosamente todo el condado, aceptó con impotencia la evidencia de los hechos. Se expidió una nota oficial en la que, parca y cautelosamente, se daba por confirmada la desaparición, y se prometía continuar, la búsqueda con todos los medios disponibles hasta el esclarecimiento del caso —lo que representaba obviamente una contradicción muy oficialista—. Cabía la muy verosímil realidad de un secuestro, que flotaba como un rumor incontenible entre los vecinos de los alrededores; aunque pasaron los días y nadie reivindicaba el rapto, ni proponía, pues, los medios del rescate. Extraño asunto.

Mas el ánimo del ciudadano corriente, tan dado a exigir responsabilidades a la Justicia, no se alteró más de lo predecible. En el recuerdo estaban las mismas interrogantes que rodearon las últimamente frecuentes ausencias de otros tantos personajes notables, calcadas de la de mister Hedges. Todos eran conscientes —pero se equivocaban— de que el seguimiento policial era meticuloso, y, palpaban que las circunstancias del enigma escapaban a las más lúcidas lucubraciones y a las más prolijas indagaciones. Claro estaba que no eran obra de golpes premeditados de maníacos criminales, ni fruto de móviles de baja estofa. O, al menos, eso se quería pensar. En lugar de una petición crematística, se dejaba notar el silencio. Pero aquello, a la postre parecía normal. Porque los desaparecidos no eran

individuos de la alta sociedad financiera, ni personalidades que poseyeran sumas cuantiosas de dinero. Si no, por el contrario, otro tipo de celebridades: aquellas que descollaban en el campo de las Ciencias, actividad aparentemente no muy relacionada con el capital.

De esta forma, el "affaire" Huges, tras la reacción más o menos violenta de las primeras jornadas, fue diluyéndose y se vio relegado a un segundo plano por acontecimientos más importantes, engrosando así el ya grueso "dossier" de la llamada, no sin cierta chanza, "Sección de Extrañamientos Perpetuos" de la Interpol. Ciertamente, no cabe duda de que las primeras instancias del país, los altos responsables del Orden y los cerebros inquietos, rumiaban para sus adentros o en pequeños conciliábulos estos peliagudos intríngulis, y, barajaban posibles causas para la ola de anómalos sucesos que parecía haberse desatado, sin un móvil aparente. Pero ni las más atrevidas especulaciones, ni las más extravagantes ficciones podían acercarse al remoto motivo cierto a que obedecían.

Como tampoco sabían que existía una persona que poseía un rastro fiable de nuestro desaparecido. Una persona que ni conocía a tal científico, ni era capaz de percatarse de la exacta dimensión del indicio "a priori". Se trataba de un tal Marc Vives. Un español residente en Ibiza, cuya profesión era tan indefinida que habría que considerarla una curiosa obsesión. Había dedicado varios años de su vida al estudio de fenómenos "raros", acontecimientos irregulares, noticias inexplicables, temas paranormales. Era una autoridad en ufología, espiritismo o telepatía, y, en sus ratos libres colaboraba en revistas especializadas,

asistía a coloquios, se desplazaba a constatar pruebas “in situ”. Hay que especificar que sus ratos libres abarcaban las veinticuatro horas del reloj, ya que su posición de rentista y sus artículos, bien cotizados, le permitían llevar una existencia desahogada, y sobre todo, emplearse a fondo en la actividad que siempre le había subyugado. A esa “naderías” como gustaba calificarlas para confundir la pluma corrosiva de los críticos. Sus publicaciones y su firma se valoraban, y su nombre no era desconocido en los círculos internacionales de la especialidad. Marc, que únicamente sondeaba aquellas informaciones relacionadas con los temas ya expuestos —aquellos que por regla general se preguntaban a bombo y platillo—, no relacionó en un primer momento la carta que recibió diez días después de la desaparición de Hudges con un tema de su competencia. Pero ocioso es remarcar que para una mente tan efervescente y curiosa, la misiva le dio que pensar, para luego absorber de lleno su atención, desplazando otros asuntos que se traía entre manos.

La comunicación escrita apresuradamente y en clave criptográfica decía así:

“Estimado señor M. Vives: He leído algún trabajo suyo en un número reciente de la revista *Recherches*, hasta el punto de interesarme por el enfoque serio e imparcial de sus hipótesis. Sepa que ya es tarde para mí. El cerco se estrecha. He de colaborar con ellos en bien de supuestos intereses universales. Si no salgo de este embrollo... (garrapateos)... Le ruego encarecidamente no se ponga en contacto con la policía, ni comente este mensaje, ni lo divulgue, pues peligraría, no solo mi vida, también la de millones de seres inocentes. No voy a pedirle nada.

Mas si le inquieta una oscura comezón, le puedo adelantar que tal vez, si acude a mi llamada, pueda escribir el relato más fantástico de su carrera. El riesgo es grande. Yo no temo. Pero tampoco estoy en su lugar. No debo darle muchas señas; tendrá que buscarlas usted.

EN EL CIELO Y EN LOS CANES ALLI CUANDO EL VERNAL ESTÁ EN 14:31 DE GREENWICH Y ACUARIO EN LAGARTARIA.”

Attmente.

Firmado: H. Hudges
(ilegible)

Atractivo más que suficiente para un espíritu inclinado a la aventura.

Vives releyó estas letras que habían sido ejecutadas rápida y embarulladamente, pero al fin legibles en un correcto castellano y parecían fruto de una escrupulosa meditación; se sintió prontamente espoleado. Unos segundos después, como era de esperar, le asaltó la insidiosa duda, un cierto escepticismo y un vago temor; asechanzas todas compañeras de la madre de todos los miedos. ¿Podría tomarse en serio ese S.O.S.? Era menester actuar con lógica. Para montar un puzle es condición indispensable que las piezas vayan encajando. De rigor principiar por saber quién era el remitente de la epístola. La referencia a la policía constataba de que se trataba de alguien que se hallaba en una situación desesperada. La elusión de datos personales, profesionales, etc. hacía deducir que se trataba de una persona